JOSEPH EHRET

Los Bálticos Olvidados

BUENOS AIRES 1974

JOSEPH EHRET

Los Bálticos Olvidados

Traducido por Pierre Maurice de la cuarta edición alemana, publicada en Basilea (Suiza) con motivo de la "Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación".

Publicado por
Consejo de las Organizaciones y Prensa Lituanas de la Argentina

---

Patrocinado por el Prof. Balys Vitkus

BUENOS AIRES 1974



Juozas Grušas.

DEDICADO
A MIS AMIGOS BALTICOS

a los que en su patria
no tienen libertad
y a los que en la libertad
no tienen patria



FINLANDIA
Viipuri
HELSINKI
Hanko
SUECIA
STOCKHOLM
Norrkoping
TALLINN
Rakvere
Narva
Paldiski
ESTONIA
Haapsalu
Tartu
Parnu
MAR BALTICO
Valga
Valmiera
Ventspils
Césis
Kuldiga
LETONIA
RIGA
Rezekne
Jelgava
Liepaja
Daugavpils
Šiauliai
Klaipėda
Panevėžys
LITUANIA
Kaunas
VILNIUS

PALABRAS PRELIMINARES

El autor del presente estudio, Profesor Doctor Joseph Ehret, prominente científico de nacionalidad suiza, es un ardoroso promotor de la libertad y la democracia; un europeo en el más auténtico sentido moderno de la palabra, que ha dedicado su vida entera intentando estructurar una Europa para que fuera un mosaico integrado por naciones grandes y pequeñas, y que comprendiera una rica sociedad etnológica.

El Dr. J. Ehret, que nació en 1896 en Basilea (Suiza), en su país natal estudió historia, literatura y filosofía en las Universidades de Friburgo, Basilea y Lausanna, obteniendo en el año 1918 el Doctorado en Filosofía.

Llevado por su afán de ser útil a la causa de la Humanidad, dirigió primordialmente su atención hacia los Países Bálticos, donde el espíritu veramente europeo resistía valiente y denodadamente los casi incontenibles embates del avasallante totalitarismo comunista a fines de la primera guerra mundial. Así, pues, llegó al extremo de sumarse a las filas del novel ejército lituano, a fin de contrarrestar el avance de la ocupación comunista. Cuando esto fué logrado y el resurgido Estado de Lituania pudo estabilizarse, el prof. Ehret promovió con energía un gran movimiento de la juventud lituana, además de desarrollar sus actividades académicas en la Universidad de Kaunas (capital provisional en ese entonces). A su vez fué un prolífico escritor y periodista, que marcó rumbos con sus escritos, dado que sus obras abarcaron una amplísima gama de materias, desde la educación y el arte hasta los profundos temas de la sociología y la política.

Fué testigo presencial —personal e imparcial— de los trágicos hechos que se sucedieron en los Países Bálticos y, especialmente, en Lituania, donde estuvo radicado durante dos décadas y donde pudo observar los tristísimos días de la ocupación.

El relato testimonial de este sincero intelectual, resulta de un valor excepcional, puesto que en las presentes líneas ofrece

una sintética historia de los tres Países Bálticos, indicando precisamente sus derechos a una vida independiente y autodeterminada, describiendo, a su vez, los notables progresos realizados durante el corto período en que pudieron gozar de autonomía e independencia, y demostrando la brutalidad de la ilegalidad cometida por la URSS al incorporar en su conglomerado a Lituania, Letonia y Estonia, mediante la fuerza y el atropello.

Por consiguiente, como el Dr. J. Ehret está perfectamente compenetrado con la vida y los problemas de los tres Países Bálticos, por haberlos vivido y palpado en sus sombras y matices, resulta su más natural embajador, inigual y por demás competente para presentar ante el mundo la causa de Lituania, Letonia y Estonia, exponiendo con singular claridad y justicia lo que han sido estos países y qué trágico destino de esclavitud les ha sido impuesto por el mayor imperio colonial de nuestros tiempos: la Unión Soviética.

Este breve folleto es un elocuente alegato en favor de la libertad de los pueblos bálticos esclavizados, pudiendo apreciar el lector los fundamentos en que basan su liberación, a la par que sirve de advertencia para los libres que están amenazados por este peligro totalitario, y también presenta a los estadistas y a los pueblos un interrogante por demás actual: cuando surgen tantos Estados libres en Africa y Asia ¿por qué debe persistir el colonialismo esclavizador en Lituania, Letonia y Estonia?

Ceferino Iujnevich - Juknevicius.
Presidente
Centro Pro Liberación de Lituania
en Argentina.

"La injusticia se olvida, la vergüenza pasa, pero la adquisición permanece."

Marqués de Custine

Cuando en agosto de 1968 el ejército soviético irrumpió en Checoeslovaquia con el apoyo de algunos satélites, se avivó el recuerdo del aplastamiento de las insurrecciones de Hungría (1956) y de la Alemania Central (1953). Sin embargo sólo unos pocos se dieron entonces cuenta de que la Unión Soviética ya había cometido un atropello aún peor en 1940: la liquidación de los estados libres de Estonia, Letonia y Lituania. Y se sabía mucho menos que este acto de violencia no era un comienzo en absoluto, pues siempre la URSS, en los años 1918-20, ya había sometido a los ucranianos, georgianos y armenios. Y de la misma manera, la invasión de Checoeslovaquia en 1968 tampoco significa un término; esta acción es sólo provisionalmente uno de los últimos eslabones en la cadena de una política que la URSS ha heredado del zarismo. Y este imperialismo, ciñéndose a los planes revolucionarios del Kremlin a escala mundial, aspira a la expansión global del marxismo-leninismo, es decir, del comunismo de obediencia rusa.

De todo esto, el mundo todavía libre de hoy podría aprender algo si quisiera y fuera capaz de sacar conclusiones formales de la historia. La suerte de los bálticos sería ahí una lección sin igual. Cuando actualmente subsiste más bien poca esperanza de que la sociedad occidental, narcotizada por su bienestar, se deje conmover por esta desgracia (aunque lo tenga ante su conciencia), siempre hay, sin embargo, una élite que comprende que el actual destino de los bálticos podría ser, mañana, el suyo propio. Pues bien, que esta élite considere simplemente el avance de la URSS hacia el Atlántico, representado esquemáticamente al final de este folleto.

Quien habla de los bálticos piensa así mismo en los estonios, los letones y los lituanos que viven en la orilla sur del Mar Báltico.

Alrededor de 1.800.000 estonios que son de origen ugrofinés, reconocen en los fineses a sus parientes más cercanos. Mientras estos se extendían al norte, al otro lado del golfo que lleva su nombre, los estonios, en cuyo nombre se refleja la designación "Aestii" que remonta a Tácito, se establecieron en la costa meridional. Por vivir en un territorio de tránsito permanente, han recibido bastantes elementos extranjeros, sin que por ello cambiaran su naturaleza original. Esto se nota sobre todo en su lengua aglutinante que hoy todavía tampoco desmiente su parentesco más lejano con el húngaro y el turco. Aunque los estonios son un pueblo de campesinos, crearon centros urbanos, a saber, Tallinn (Reval), Haapsalu y Pernu, de donde se aventuraron al mar desde época temprana. Fueron cristianizados sólo en el siglo XIII, y como tales son en mayoría luteranos. Para su cultura, el soberano de entonces, Gustavo Adolfo II, fundó en 1632 en Tartu una escuela superior que más tarde llegó a ser una universidad de alto prestigio.

En el sur del país los estonios tienen límite con los letones. Estos son indoeuropeos como la mayoría de los habitantes de Europa. Como tales, por su lengua de flexión, pertenecen a la rama oriental SATEM de los idiomas indoeuropeos, lo que la diferencia mucho de nuestro grupo occidental CENTUM fonética y morfológicamente. Dentro de la familia SATEM los letones, junto con los lituanos, forman el grupo lingüístico báltico que se destaca de manera tajante tanto del germano como del eslavo. El letón abandonó el acento fluctuante del báltico antiguo a favor de un acento tónico en la primera sílaba de la palabra, lo que, entre otras cosas, lleva a una abreviación de las sílabas finales. En un número de 2 millones y medio más o menos, los letones viven en la cuenca del Dáugava (Duina). Ellos también son cultivadores apegados a la tierra, pero poseen en la profunda bahía de Riga un puerto que representa

una atracción al mar. Este factor introduce un racionalismo voluntarista al país, país habitado hacia el mar por los evangélicos (60 %) y hacia el interior por los católicos (25 %).

Más al sur encontramos finalmente a los lituanos. Para ellos el Némunas representa lo que el Dáugava representa para los letones; y cerca de 3,2 millones de gente cultivan el valle plano del Némunas. La capital Vilnius constituye el puente hacia las regiones retiradas del interior; en Kaunas se cruzan las vías comerciales y en Kláipeda el país posee un puerto casi libre de hielo. El pueblo más que todo continental ha conservado bastante su carácter primitivo, lo que se revela, por ejemplo, a través del acento fluctuante de su lengua, heredado del indoeuropeo. Esta lengua es tan antigua como el sánscrito y tan armoniosa como el griego antiguo, razón por la cual hay lingüistas que suelen llamar al lituano el "Adán de los europeos". La resistencia a los Caballeros de la Orden, incitados por el "empuje hacia el Este", hizo que los lituanos llegaran a ser los "últimos paganos" en Europa, y sólo tarde adoptaron el Cristianismo, principalmente de los poloneses. A más del 80 % de católicos se suma todavía, principalmente en el curso inferior del Némunas, otro 8 % más o menos de evangélicos. Antes de la Segunda Guerra Mundial, una comunidad judía, casi tan importante como la de los evangélicos, completaba el cuadro religioso del país. Durante esta guerra, dicha comunidad, así como las demás comunidades judías del Báltico, fue casi totalmente aniquilada por los ocupantes nazis. Aquí la culpa principal la lleva el "ministro de la raza" de Hitler, un tal Rosenberg, criado en Estonia, hijo de zapatero de origen alemán.

Espíritu romano y carácter occidental

Aunque hay tanta diferencia entre los estonios ugrofineses por una parte y los letones y lituanos indoeuropeos por otra —una diferencia que merece todo un estudio— tanto la "terra baltica" como la historia milenaria que han vivido siempre juntos, los ha marcado con rasgos de carácter similares. Ade-

más el campesinado común, con su trabajo solidario, también ha contribuído a la unidad; pero hoy en día este pierde cada vez más terreno y miembros a favor de las ciudades donde una sociedad industrial crece rápidamente. Esta ya ocupa actualmente más del 55 % de la población en Estonia y Letonia. También el apego a la tierra cede cada vez más a la fuerza atractiva del "mare balticum" que puede haber recibido su nombre del báltico antiguo "balta" (blanco) —es el mar blanco resplandeciente. Puesto que el Mar Báltico es un mar secundario del Océano Altántico, en los bálticos se imprime cada vez más un sello de atlantización, lo que los diferencia aun más del imperio ruso continental.

Una comparación con este último demuestra que la "cortina de hierro", aquí también, cayó en la línea equivocada. Los bálticos en realidad tienen una deuda hacia la cultura latina desde la época en que Europa se escindió en un oriente bizantino y un occidente romano. Ellos son "romanos", pues ven en la personalidad el sello más valioso del género humano; por esta razón la frase de Goethe: "La mayor felicidad de los hijos de la tierra sea la personalidad", ha llegado a ser un principio evidente en su vida. Con este "espíritu romano" los bálticos, junto con los poloneses, son los occidentales que más al este viven, y por eso apenas han notado un soplo de la antigua civilización bizantina. Por esta razón, las atribuciones excesivas del estado que lo somete todo, lo mismo que el endiosamiento del soberano, les son profundamente contrarios. Y de la misma manera que los latinos en su época se defendían contra toda reducción a la servidumbre a un bizantinismo teocrático, así se levantan hoy sus hermanos de espíritu, los bálticos, contra el bolchevismo, bizantinismo de nuevo cuño, laicizado en la Unión Soviética. Por esto ellos se rebelan contra toda represión de la libertad, contra el desprecio del individuo, contra la política de conducción de rebaños y contra la concentración de los súbditos en centros colectivos de producción. Una prueba entre muchas otras de cuánto los bálticos se han defendido siempre contra tal bizantinización es también el he-

cho de que ellos usan el alfabeto latino y no el cirílico, común en la URSS.

En esta mentalidad y en estos modos de vida los bálticos han sido muchas veces mejores occidentales que los centroeuropeos quienes no tienen el duro clima de tensión de un límite cultural. Por eso hasta la fecha, muy poco se ha medido en occidente lo que se le debe a este bastión báltico (y polaco) detrás del cual el Occidente podía desarrollar su cultura en toda tranquilidad. Cuando la crítica occidental echa de menos en estos pueblos fronterizos un crecimiento más rápido de una civilización urbana, es que olvida que no se puede, junto al arado y la espada, al mismo tiempo llevar la pluma. La vanagloria en el Occidente ya está fuera de lugar si uno se pone a pensar que en 1683, Viena no pudo ser liberada sino con la ayuda de un ejército polaco-lituano.

La resolución de ser toda una "Roma" en el lejano Noreste frente a un "Bizancio" moscovita ha condicionado el modo de ser de los bálticos. Son en efecto prudentes, pero sin embargo emprendedores y de una consagración a toda prueba. Una naturaleza a veces bien áspera y un destino de país fronterizo amenazado los han ensimismado; en ellos la profundidad de sentimiento remplaza su falta de expansión. Por esto el báltico tampoco es extrovertido, pero brindará confianza y hospitalidad a un amigo sincero. A Dios, que para él es sobre todo el símbolo de la justicia, lo venera sin exceso. Pero si el evangélico lo sirve con la devoción de su alma, el católico lo hace con entrega mística. Alejado durante siglos de la organización política por soberanos extranjeros, ha hecho de su finca su "Estado" en el cual gustosamente se encierra con tozudez. Por esta razón el vivir cada uno por su lado es su ideal; admite los caseríos, pero aborrece los "kolkhoz". Cuando se presenta una oportunidad, puede constituír también estados enteros, hecho que demuestra su fuerza sociopolítica. En su modo de ser calmado y ponderado, el báltico no se considera como un ser excepcional. Por eso un "Deutschland über alles" (Alemania por encima de todo) le suena lo mismo de monstruoso como la

frase de Dostoyevski: "El camino para ser verdadero hombre pasa por el espíritu ruso". El báltico no conoce ningún mesianismo; pues él sabe, con demasiada certidumbre, que también lleva a sus pies el polvo de la senda por donde va.

La costa como destino histórico

El territorio actual de los bálticos no es su tierra de origen. Esta hay que buscarla sin duda al sureste de aquél, bien adentro del continente, de donde avanzaron o fueron empujados hacia el espacio actual. Aquí la arqueología revela su presencia ya muchos siglos antes del nacimiento de Cristo. Tienen entonces un derecho sobre esta tierra. Esta patria es una costa. Esto es más que una simple afirmación banal, si nos representamos hasta qué punto las formas del territorio pueden contribuír a determinar los destinos de un país. Las costas están especialmente cargadas de historia; en este orden de ideas, basta con pensar sólo un instante en Portugal, Noruega, Chile o Vietnam, países cuyo destino está marcadamente determinado por sus costas. Aquí el ejemplo de los bálticos es un caso puramente clásico.

Toda costa es al principio una "costa de oro", pues ofrece a un pueblo no solamente un sitio para vivir sino también una puerta hacia el mundo. Pero precisamente por esta ventaja, un habitante de la costa tiene siempre envidiosos y enemigos, razón por la cual los pueblos de los litorales deben siempre temer por su posesión. Este temor tiene especial fundamento en el Báltico: primero porque no tiene casi hielo, y en segundo lugar porque falta el respaldo de un hinterland más profundo. Esto llega a ser dolorosamente significativo en el caso de Estonia, pues de los 4.077 km. de sus límites, sólo 673 son terrestres. Esta situación costera que a primera vista parece tan ventajosa conlleva así mismo inmensos peligros desde el punto de vista geopolítico. Aquí la vida llega a ser un "vivere pericolosamente" (vivir peligrosamente). Aunque los pueblos bálticos están acostumbrados a vivir en el peligro, sin em-

bargo, no son de envidiar por su suerte que en este caso "leyes" geopolíticas les proporcionan. En este ejemplo el destino de las costas nunca ha sido un idilio del litoral.

De acuerdo con la "ley del litoral opuesto" los daneses, a principios del siglo XIII, dominaron el Báltico para convertir así el mar en un "mare nostrum". En la misma ocasión bautizaron también a Tallinn, que como "Taanalinna" significa la "Ciudad de los daneses". Luego en el siglo XVII, la herencia de éstos pasó a los suecos quienes indudablemente fueron tan flexibles que esta época, aquí como también en Finlandia, ha permanecido en el recuerdo como "el tiempo feliz". Fue la excepción a la regla.

Obedeciendo a otra presión, la de la compensación de la tierra por el mar, los poloneses, en el siglo XVI, habían penetrado en el valle del Dáugava donde también ocuparon a Riga bajo el rey Esteban Batory, originario de Hungría. Aunque no pudieron conservar esta ciudad, muy retirada de su tierra continental, dejaron sin embargo rastros confesionales, católicos romanos, principalmente en Látgala (Letonia oriental). El hecho de que el Gran Principado de Lituania, que data del siglo XI, haya empezado a sentir esta presión de la tierra hacia el agua, lo demuestra el bautismo realizado principalmente por los polacos, y luego la unión personal concluída en 1413 con el reino de Polonia, unión que finalmente llegó a ser real en 1569 en Lublin.

De acuerdo con la "ley" de "alargamiento de las costas", el "empuje alemán hacia el este" fue también desencadenado allí. Fue emprendido principalmente por los Caballeros de la Orden y los Caballeros de la Espada quienes, a través de su cristianización germanizante, conquistaron una franja del litoral para el Imperio alemán. Ya en 1386, dicha franja se extendía de Marienburg hasta Tallinn. La verdadera víctima fueron los prusianos, una rama báltica (distinta de la de Alemania), radicada entre la desembocadura del Vístula y la comarca de Curlandia (Letonia). Fueron totalmente exterminados en el siglo XVIII, y entonces la Némesis vengadora quiso, como tri-

buto, que el perseguido dejara en herencia su nombre al perseguidor que ahora lleva la denominación de "prusiano", como una señal de Caín a través de la historia.

Otra etapa de este alargamiento de las costas fue la infiltración alemana de propietarios nobles de bienes raíces, de intelectuales urbanos, comerciantes y artesanos. Estos "baltos alemanes", por ejemplo, los ilustres profesores en Tartu o los escritores en Riga, tienen sus méritos. Sin embargo, la mayoría de ellos vivía despreciando con soberbia a los nativos, sin merecer la estima que J. G. Herder había ganado de los letones en Riga de 1764 a 1769, y como todavía en nuestros días Edzard Schaper la ganó entre los estonios.

Para completar su destino, los baltos tuvieron también que sufrir el "empuje ruso hacia el Occidente". Desde San Petersburgo donde se había abierto a la fuerza una ventana hacia el Occidente en territorio finlandés, Pedro I ocupó inmediatamente más al Oeste los puertos libres de hielo; y, en 1721, también a Riga. Y cuando la tercera división del estado lituano-polonés en 1795, Catalina II, una alemana de Stettin (actualmente Szczecin en Polonia), se apoderó también de la costa lituana hasta las puertas de Kláipeda, acción por la cual casi toda la actividad marítima de los baltos cayó en manos extrañas. En el plano sentimental era también una pérdida dolorosa, pues con esto se echaba a perder la costa "del oro que el mar dispensa", la costa del ámbar, ámbar que continuamente resplandece en la poesía balta. Plinio el Viejo y Tácito, poco después del nacimiento de Cristo, ya alabaron esta joya.

Los resultados de estas presiones, que amenazaban literalmente este litoral desde todas las direcciones, privaban a los estonios como a los letones de la posibilidad de constituirse en estados propios, lo que solamente logró Lituania anclada en el continente. Sin embargo, al finalizar el siglo XVIII, esta creación política desapareció también del mapa. Así los baltos debieron seguir abrigando esperanzas sobre su valioso litoral al cual entonces se apegaron fuertemente, sufriendo y luchando a la vez.

Desde mediados del siglo XIX, en esta lucha fijaron los ojos sobre Suiza, país de libertad. Por esto es comprensible que el caudillo del pueblo estonio, Konstantin Paets, huyera directamente a ese país después del fracaso de la rebelión de 1905 contra el zarismo, para prepararse allí a nuevas tareas que más tarde lo llevaron a la cumbre del estado estonio. Por esta razón no es ninguna casualidad que el Teatro Nacional de Estonia haya dado el "Guillermo Tell" de Schiller con motivo de su apertura solemne. También el poeta letón Janis Rainis encontró, después del fracaso de la revolución de 1905, un refugio en Suiza donde, desde Castagnola, con la ayuda de su esposa Apasia, apoyó con su pluma a su pueblo que finalmente logró la libertad en 1918. En conmemoración de ello sus compatriotas le erigieron allí un monumento en 1972. También los lituanos consideraron a Suiza como su ideal político, razón por la cual el poeta Vincas Kudirka, bajo el dominio ruso aun, hizo una traducción de "Guillermo Tell' de Schiller al lituano; y en este espíritu muchos intelectuales, tanto hombres como mujeres, fueron a recibir su formación a la Universidad de Friburgo (Suiza).

El estado propio como autorrealización

Durante la primera guerra mundial los alemanes habían planeado el alargamiento de su costa desde Königsberg hasta el pié de las murallas de San Petersburgo, e inversamente los rusos se habían puesto en marcha hacia el Occidente, en dirección de Königsberg. Pero ambos agotaron sus fuerzas luchando aquí en el Báltico, lo mismo que en el resto del frente oriental, de manera que los estonios y los letones, formados políticamente en el Occidente, lograron por primera vez en 1918 crear una patria propia y los lituanos consiguieron restaurar su estado después de 123 años de ocupación extranjera.

"Con esto recibieron externamente una herencia del terror, e internamente la herencia del traumatismo más profundo", así lo vio Edzard Schaper, radicado en el Alto Valais (Suiza) y par-

ticularmente vinculado con los estonios. "No se puede borrar cerca de 800 años de colonización (de los letones y estonios) en un solo impulso. Pero impulsos había muchos, y se multiplicaron por los deseos crecientes de libertad. Y los 20 años de autonomía aproximadamente, Estonia, Letonia y Lituania los han legitimado una vez más a favor de la comunidad de la cultura europea". (Die baltischen Laender, etc., pág. 13).

Uno puede imaginar sin gran esfuerzo con qué empeño los bálticos acometieron este trabajo en el cual buscaban su autorrealización, para no tener qué soportar más pasivamente la historia. Después de que lucharon en 1918 por su libertad y su independencia, edificaron repúblicas democráticas, trataron de federarse, se declararon partidarios de la Unión Europea y entraron a la Sociedad de las Naciones; pues de acuerdo con sus convicciones, deben regir normas jurídicas y no lo que los geopolíticos llaman "leyes". En el plano cultural no eran menos tenaces, pues los estonios, para no nombrar sino a estos, alcanzaron en 1937 a producir 17,25 obras de carácter científico y artístico por cada 10.000 habitantes, con lo cual dejan muy atrás por ejemplo a los daneses (9,25), los suecos (4,51) y los ingleses (3,83).

Las perspectivas ulteriores eran favorables puesto que la Unión Soviética, aparentemente, consideraba a estos estados con benevolencia. Así, en 1920, concluyó con ellos acuerdos de paz que ponían fin a la lucha de los bálticos contra los soviéticos por la libertad. En el artículo 1º se estipulaba al respecto: "Nosotros declaramos, por el presente acuerdo, que todos los pueblos tienen un derecho a la autodeterminación. La Unión Soviética reconoce, por lo tanto, la soberanía y la independencia (de los nuevos estados) y renuncia voluntariamente y para siempre a todos los derechos que Rusia haya tenido antes sobre su territorio".

Al continuar la pacificación general, la URSS firmó con estas repúblicas pactos de no agresión, en los cuales se comprometía en primer lugar "a renunciar a todo acto de violencia contra su territorio e independencia". Además, en 1920, Moscú confirmaba nuevamente su deseo de paz para con los bálticos

en el Protocolo de Litvinov, así denominado por el entonces Representante del Comisario de Asuntos Exteriores. Este deseo parecía sincero, pues en 1934 el Kremlin prorrogó los pactos de no agresión hasta finales de 1945. Al respecto Litvinov, ascendido entre tanto a Comisario de Asuntos Exteriores, subrayó: "El mundo entero debe ver que esto no sucede a causa de circunstancias casuales, sino que es la expresión de nuestra perpetua política de paz que está encaminada a asegurar la independencia de los estados jóvenes (bálticos)".

Por grande que fuera su satisfacción al respecto, los bálticos no se atrevían sin embargo a confiarse completamente en el Kremlin. Es cierto que el 8 de noviembre de 1917, Lenín ya había anunciado: "Si una nación es atacada por otro estado y ya no puede decidir libremente sus asuntos por la presencia de tropas extranjeras, esto significa violencia y ocupación". Y todavía pocos días antes, el 28 de octubre de 1917, su Consejo de Comisarios del Pueblo había declarado nula y sin efecto la partición del estado lituano-polaco en las postrimerías del siglo XVIII. Pero tal vez estas afirmaciones solemnes y estos acuerdos sellados no eran sino un "retroceder para saltar mejor".

¿Acaso los pactos no deben ser respetados?

A esta pregunta responde el acuerdo secreto concluído el 23 de agosto de 1939 en Moscú, entre Molotov y Ribbentrop, los representantes de dos dictaduras; este acuerdo se amplió el 28 de septiembre siguiente; según él, "en caso de un nuevo arreglo territorial y político", se incluían las repúblicas bálticas lo mismo que Finlandia, en la esfera de influencia de la Unión Soviética.

La primera consecuencia de esta entrega a Moscú eran los pactos de asistencia que la capital soviética impuso ya en el mismo otoño a los gobiernos bálticos, lo que los obligaba a tolerar guarniciones soviéticas en su territorio. Después de este "Caballo de Troya" vino en junio de 1940 el últimatum

que llevaba de manera fulminante a la ocupación de los tres países, lo que significaba provisionalmente el fin de la independencia de los bálticos. Esta ruptura de convenios se corrobora con la explicación de que el Presidente de los Comisarios del Pueblo, Molotov, es decir "el martillo", un seudónimo de Skriabin, dio al representante lituano el 2 de julio de 1940: "Usted debe comprender que los pequeños estados deben desaparecer. Las repúblicas bálticas deben entonces, junto con Finlandia, anexarse a la familia gloriosa de la Unión Soviética. Sus pueblos serán así involucrados en un sistema que, en el futuro, imperará en todas partes".

El tercer paso fue la elección a la nueva Asamblea Nacional que tuvo lugar los días 14 y 15 de julio de 1940. La gente recibió una lista única, y tenía que echarla a la urna; delante de uno, la policía, y detrás soldados con bayoneta calada. Al que había votado, le ponían en el pasaporte un sello especial sin el cual el dueño perdía todos los derechos y además quedaba señalado para la deportación. Aunque muchos lograron echar el voto despedazado, las nuevas autoridades soviéticas anunciaron una aprobación que alcanzó del 92,8 al 99,1 %. Estos son números imaginarios que la población rechazaba con desprecio. Con base en estos resultados manipulados, delegaciones de las tres Repúblicas fueron citadas al Kremlin a principios de agosto de 1940, y allí tuvieron que solicitar su ingreso en la URSS a la cual desde entonces pertenecen como provincias.

Finalmente el cuarto paso, en junio de 1941, consistió en la deportación fulminante de las élites, que no habían logrado huír al Occidente. Así alrededor de 30.000 personas (solamente de Lituania)[1] fueron deportadas a Siberia que también había llegado a ser la prisión de los nuevos zares. La mayoría de las veces eran deportadas en vagones de animales, a menudo con documentos de cargamento que llevaban la mención "gentes" como mercancía transportada. Pocos pudieron regresar de los campos de trabajo del Círculo Polar; a la gran mayoría la cubre el sudario extenso y blanco de Siberia.

En el Occidente seguro, muchos trataban entonces a los bálticos de cobardes y pensaban que debían haberse defendido aún con arma blanca. Pero cualquiera que haya compartido físicamente esta tragedia, debe reservar a los supuestos "sabios" la pregunta: ¿Cómo defenderse? Adelante un ejército, atrás el mar, en ninguna parte un reducto, y del Occidente precisamente ninguna ayuda. Sólo contra los letones habían sido movilizados 2.000 tanques soviéticos. Una resistencia armada seguramente hubiera aniquilado casi por completo a la generación en edad de procrear y así hubiera puesto en peligro la supervivencia de estos pueblos. Pero estos conocen armas mucho más adecuadas para salvarse en el futuro, pues aquí tiene el checo Schweyk una hermana báltica.[2]

Después de semejante atropello inaudito del derecho natural y de todos los convenios, los Estados Unidos no tenían ninguna razón para aprobar la ocupación del Báltico por la URSS, por lo cual declararon, ya una semana después de las elecciones fraudulentas, en los países bálticos ocupados por la URSS, el 23 de julio de 1940:

"Desde el día en que los ciudadanos de estas repúblicas ganaron su independencia, el pueblo de los EE.UU. observa su progreso admirable en su autogobierno con interés profundo y simpatizante. Los EE.UU. se oponen a cualquier forma de intervención de parte de un solo estado, aunque sea poderoso, en asuntos internos de otro estado soberano, aunque sea débil. Por consiguiente los EE.UU. seguirán respaldando estos principios —pues sin estos la declaración de Washington se vacía de su contenido— sin los cuales las relaciones entre las naciones, el gobierno de la razón, de la justicia y de la ley, la base de la civilización moderna, no se pueden salvaguardar."[3]

Por esto los EE.UU. se han negado también, hasta la fecha, a reconocer esta integración a la fuerza. Así lo declaró el 26 de junio de 1972 el Departamento de Estado al Presidente del Consejo Báltico de la Liberación: los EE.UU. no reconocen esta incorporación a la fuerza en la Unión Soviética, razón por la cual las antiguas representaciones diplomáticas y consu-

lares aun están acreditadas en Washington. En su viaje a Moscú en mayo de 1972, el Presidente Nixon tampoco cambió este punto de vista en ningún sentido. "Pueden Ustedes estar seguros de que expresamos claramente a los soviéticos cuán resueltamente respaldamos la Declaración de los Derechos del Hombre".

De la misma manera Churchill, hablando por Inglaterra, confirmó reiteradamente: "Nosotros jamás hemos reconocido las fronteras de Rusia de 1941. Fueron conquistadas por un acto de agresión, en una colusión vergonzosa con Hitler. Los estados bálticos deberían ser pueblos soberanos e independientes".[4]

De esta opinión son hoy todavía 35 estados más, inclusive la Santa Sede. Por consiguiente, ellos reconocen las antiguas y legítimas representaciones diplomáticas de los bálticos. El hecho de que Suiza no pertenezca a este grupo no cuadra en absoluto con su espíritu por lo demás liberal.

¿Puede la injusticia prescribirse?

La agresión a las Repúblicas Bálticas, a pesar de toda indignación en el Occidente, no desencadenó entonces la alarma que hubiera merecido porque los Aliados todavía creían que no podían acabar con Hitler (y con el Japón), sin la ayuda de Stalin. Pero puesto que la injusticia no tiene fin, alrededor de 80.000 emigrantes (solamente de Lituania), tomando la representación de su patria enmudecida, nunca han dejado de luchar por los derechos de ella. A pesar de que nuestro mundo de bienestar, que se mece en una falsa seguridad, no quiere ver su tranquilidad perturbada hay sin embargo círculos responsables que han rogado continuamente que no se olvidara a los que se suele pasar en silencio detrás de la "cortina de hierro".

El 15 de junio de 1960 el Consejo de Europa solicitó a "los gobiernos miembros apoyar los esfuerzos de los refugiados bálticos para conservar su cultura nacional y su lengua, mientras

Estonia, Letonia y Lituania no puedan tomar parte, como naciones libres, en nuestras instituciones democráticas internacionales".[5] Y en las Naciones Unidas, Adai Stevenson, representante de los EE.UU., contestó al memorándum apaciguador de la URSS del 25 de noviembre de 1962: "Los soviéticos sacaron ventaja de la confusión de la Segunda Guerra Mundial para continuar el proceso de subyugación colonial de sus vecinos. La ampliación del territorio soviético incluyó a los estados independientes de Estonia, Letonia y Lituania. Hay anexiones totales de territorio cuyas gentes son amantes de la libertad y tan plenamente investidas de sus derechos como lo son los pueblos del Africa, del Asia y de las Américas.[6]

En ese sentido, ya se había estipulado, el 12 de diciembre de 1948, en el artículo 21 de la Declaración de los Derechos del Hombre: "La voluntad de los pueblos deberá ser la base de la autoridad del gobierno. Esta voluntad será expresada en elecciones libres y éstas se realizarán con voto secreto o por un procedimiento equivalente a una libre votación".

La Constitución de la URSS da formalmente a las Repúblicas miembros la posibilidad de decidir retirarse, por voto popular en su territorio. Pero ¿qué van a significar derechos en el papel, en una dictadura? También los soviéticos se atienen precisamente a las palabras con que el Marqués de Custine, francés, que se detuvo en Rusia en 1839, había caracterizado la política de conquista de los zares: "L'injustice s'oublie, la honte passe, mais l'acquisition reste" es decir: la injusticia se olvida, la vergüenza pasa, pero la adquisición permanece.
Pero quien está familiarizado, aunque sólo un poco, con la historia, sabe que un conquistador no domina a un pueblo subyugado mientras este conserva su dignidad nacional y su anhelo de libertad.

Y este es el caso de los pueblos bálticos. Así por ejemplo en febrero de 1972, más de 17.000 lituanos dirigieron una protesta no sólo a Brezhnev sino también a las Naciones Unidas para denunciar la represión en materia de religión. Y como señal de oposición al régimen coercitivo, poco después se inmo-

laron prendiéndose el fuego cuatro lituanos, de los cuales tres eran obreros. En Riga, inclusive comunistas letones se rebelaron abiertamente contra la rusificación de su patria. También se señalan acciones similares en Estonia, a pesar de que los soviéticos hacen todo para ahogar el sentimiento nacional de los bálticos. En efecto, estos se encuentran ahora enmudecidos; pero precisamente la confrontación diaria con los ocupantes refuerza su amor propio y la conciencia de sí mismos, conciencia que busca con todas sus fuerzas liberarse de la URSS, prisión de los pueblos.

Esta aspiración no carece de perspectiva exitosa, pues es evidente que las mismas grandes potencias no permanecen eternamente grandes y potentes, y aun más los estados extensos, muchas veces desaparecen con mayor rapidez que los pequeños. Al respecto, Mao suele citar las palabras de un clásico chino que rezan: "Lo que crece alto, se rompe fácilmente". Y puesto que esta máxima también y sobre todo vale para la URSS, las perspectivas soviéticas no son precisamente las mejores. Ya en este momento la franja amarilla en el horizonte oriental no le deja entrever nada bueno, puesto que allí se se trata del conflicto cada vez más agudo entre la URSS y el creciente poderío de la República Popular de China.

Aquí se debe recordar que, hacia la mitad del siglo XIX, la Rusia zarista, a través de los llamados "convenios desiguales", es decir a la fuerza, se apoderó de alrededor de 1,5 millones de km^2 del territorio chino y que hasta la fecha la URSS no le ha devuelto nada. Por eso se abrió un abismo profundo entre Pekín y Moscú. Y como esta discrepancia se ahondó aun más por conflictos de carácter racial e ideológico, el desacuerdo se ha convertido en una hostilidad que no excluye una guerra en el futuro. Pero como una tal posibilidad promete poco éxito a la URSS en vista de la fuerza creciente de China, aquella corre el riesgo de una empresa peligrosa en un enfrentamiento armado con Pekín; pues el Kremlin debería, si quisiera resistir al Este, debilitar su frente occidental en Europa de manera tan decisiva que en Europa le amenazan los reveses. Y

de ellos aprovecharían no solamente los satélites, sino también las Repúblicas Bálticas sometidas a la URSS. De la misma manera que en 1905 la derrota contra los japoneses quebrantó el imperio de los zares, así debilitaría también a Moscú semejante derrota de la URSS contra China, a tal punto que se debería temer una defección general en el Oeste. En 1895, Guillermo II había llamado a China "el peligro amarillo". Este "peligro" ¿no ha llegado a ser hoy una esperanza que podría conducir a los satélites occidentales, junto con los Estados Bálticos ocupados, nuevamente a la libertad?

Lo anterior no es de ningún modo una quimera cuando se sabe que en efecto en el ejército soviético hay sólo la mitad de rusos, y la otra mitad son soldados de 130 pueblos extraños con quienes el Kremlin no puede contar en absoluto ante un posible fracaso. Y se sabe pues, muy bien, cómo es la lealtad de los satélites.

Puesto que de parte de la masa del pueblo ruso se plantean continuamente problemas mayores a la dirección del Kremlin —basta con pensar en la "Inteligentzia"— es comprensible que uno de sus portavoces, Andrey Amalrik, en secreto naturalmente, haya podido sacar un escrito "¿Puede la URSS sobrevivir al año de 1984?". Es evidentemente una pregunta retórica. Sin embargo vale la pena notar que ha podido ser planteada.

De todas las consideraciones anteriores, podría quedar claro que la URSS no es de ninguna manera el coloso que pretende ser; por esta razón tampoco puede contar con la posibilidad de mantener a los satélites, junto con los Estados Bálticos, bajo su poderío. Todos fueron obligados con mera brutalidad a aceptar la dependencia de Moscú, y en una votación libre rechazarían estas cadenas a una mayoría imponente. Por lo tanto es más que comprensible que los oprimidos hagan todo para abrir nuevamente la puerta hacia la libertad.

Ahora lo anteriormente dicho no es algo como la continuación de una "guerra fría" sino la aspiración legítima de lograr que triunfe el derecho elemental de un pueblo a la autodeterminación. Este derecho es un derecho natural, y por

lo tanto no puede ser violado por ningún poder humano. El que a pesar de ello lo intente, es un "guerrero frío" que no ha entendido los signos de los tiempos y no ha tenido conocimiento de que también en su Carta, las Naciones Unidas en Nueva York han establecido la autodeterminación como el derecho inalienable de todos los pueblos.

De Nueva York a Helsinki

Es de alegrarse que Occidente y Oriente se encuentren en Helsinki en una "Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación" pues así se presenta la oportunidad de tratar de nuevo sobre el convenio antinatural que concluyó la Rusia comunista con la Alemania nacionalsocialista el 23 de agosto de 1939, por el cual los Estados Bálticos fueron abandonados al arbitrio de la Unión Soviética. A la luz del derecho natural como de la Carta de la ONU, este convenio es completamente nulo y sin efecto, puesto que fue concluído por encima de los interesados y contra su voluntad explícita. Una conferencia que persigue como meta la Seguridad y la Cooperación de los pueblos no puede reconocer ningún acuerdo que vaya precisamente en contra de la seguridad de los pueblos e impida su cooperación. Por esta razón las Repúblicas Bálticas deben ser reintegradas en el círculo de los estados libres. Pero si esto, contra todo derecho, no sucediere, habría entonces que contar con una resistencia inflexible de los bálticos. La supresión del Estado Lituano del mapa de Europa en el año de 1795 provocó levantamientos en 1831, 1863, 1904 y 1917 que finalmente llevaron a la restauración de Lituania y al establecimiento de las Repúblicas de Letonia y Estonia. Por lo tanto no se necesita tener dotes de profeta para predecir que los bálticos, en una autoafirmación desafiante, en ningún momento y de ninguna manera se conformarían con la dependencia servil de la Unión Soviética.

Sobre todos estos puntos, el Jefe del Servicio Diplomático Lituano en el exterior, Ministro St. Lozoraitis (Roma) llamó

la atención del Secretario General de la ONU Dr. Waldheim en vísperas de la Conferencia Europea Preliminar de Seguridad y Cooperación en Helsinki. En la misma ocasión aludió a las violaciones de derecho que la URSS ha cometido frente a los Estados Bálticos. Sólo con respecto a Lituania violó los siguientes pactos:

1. el Tratado de paz del 12 de julio de 1920;
2. el Pacto de no agresión del 28 de septiembre de 1926;
3. el Acuerdo general sobre la proscripción de la guerra, es decir el Pacto Briand-Kellog del 27 de agosto de 1928;
4. la Convención del 5 de julio de 1933 sobre la condenación de toda agresión; y
5. el Pacto de mutua asistencia del 10 de octubre de 1939.

Ya que la URSS también ha violado los mismos acuerdos en la misma forma con Letonia y Estonia, el Ministro Lozoraitis pidió a la ONU que condenara estas violaciones de derecho y solicitó respaldo para estos pueblos en caso de recoquista de la libertad; pues la Carta de la ONU y su Declaración solemne de los Derechos del Hombre compromete a todos los estados miembros, inclusive a los más poderosos.

Esta exhortación enfática no tiene nada que ver con incitación belicista puesto que su meta es única y exclusivamente la paz. Y esta queda entonces asegurada al máximo si cada pueblo, aun el más pequeño, es amante de la libertad que le ha proporcionado un orden universal más alto, como un derecho inalienable.

Es esta libertad la que Augusto Forel, conocido profesor de la Universidad de Zürich (Suiza), reclamó para los bálticos ya durante la Primera Guerra Mundial. "La libertad es una palabra bella" escribió en 1917 en el prólogo de un escrito que salió en Olten (Suiza), elaborado por la letona Austra Osolin. "Pero será real y verdaderamente bella sólo cuando valga para todos".

TAMBIEN PARA LOS BALTICOS, LOS OLVIDADOS.

NOTAS

[1] Según el Tercer Informe Provisional de la Comisión ad hoc sobre la Agresión Comunista, la Casa de Representantes de los EE.UU., en la segunda sesión de su 83er. Congreso, declaró: "Ha sido calculado en 124.467 el total de personas ejecutadas, deportadas o forzadas a abandonar los países bálticos para Rusia durante un solo año de ocupación soviética: 1940-1941. De este total de 124.467, 59.732 en Estonia, 34.250 en Letonia y 30.485 en Lituania". Un número mucho mayor de lituanos, letones y estonios fue ejecutado y deportado entre 1945 y 1973.

[2] Schweyk es el héroe de una novela satírica del escritor checo Jaroslav Hašek (1883-1923). Es un soldado checo que, con aparente ingenuidad, sabotea el esfuerzo de guerra del ejército austríaco, su enemigo y opresor. (Nota del traductor).

[3] Declaración del Subsecretario de Estado, Summer Welles, en el Departamento de Estado de EE.UU. Publicada el 23 de julio de 1940 en el "Boletín del Departamento de Estado".

[4] Declaración del Primer Ministro inglés Winston Churchill, dirigida el 8 de enero de 1942 a su Ministro de Relaciones Exteriores A. Eden. Impresa en el tercer tomo ("La Gran Alianza") de sus Memorias. Se encuentra allí en el capítulo XVI ("Acuerdos Anglo-Americanos"), pág. 695.

[5] Esta Declaración de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa en Estrasburgo está contenida en el "Informe sobre la situación de los Estados Bálticos en el vigésimo aniversario de su incorporación forzada en la Unión Soviética". Este informe fue impreso como el documento 1173 el 23 de agosto de 1960, en Estrasburgo.

[6] La Declaración de Stevenson se encuentra en la colección "Documentos de la Asamblea General de las Naciones Unidas" (A 4985 del 25 de noviembre de 1962). Está citada allí en el párrafo "La situación respecto a la puesta en práctica de la declaración sobre el otorgamiento de la independencia a los países y pueblos coloniales".

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. La región báltica en general

Rutenberg G., Die baltischen Staaten und das Völkerrecht, Riga 1923;

Rutter O., The new Baltic State, London 1925;

Montford H. de, Les nouveauz états de la Baltique, Paris 1934;

Klimas P., Les problèmes de la Baltique, París 1934;

Meuvret J., Histoire des Pays baltiques, París 1934;

Kazlauskas Br., L'Entente baltique, París 1939;

Gehrmann K., Die baltischen Staaten, eine Brücke zwischen Ost und West, Berlín 1939;

Pusta K. R., The Sovjet Union and the Baltic states, New York 1943;

Bilmanis A., The Baltic States etc, Washington 1943;

Rei A., Have the Baltic countries voluntarly renounced their freedom? New York 1944;

Pick D. W., The Baltic nations, London 1945;

Chambon H. de, La tragédie des nations baltiques, Paris 1946;

Vitols, Kaasik, Kajeckas, Les annexions des états baltes, Stockholm 1946;

Nazi-Sovjet relations 1939/41. Documents edited by the Departament of State, Washington 1948;

SWettenham J. A., The tragedy of the Baltic States, London 1952;

Manning Ch. A., The forgotten republics, New York 1952;

Wittram R., Baltische Geschichte, München 1954;

Meissner B., Die Sowjetunion, die baltischen Staaten und das Völkerrecht, Köln 1956;

Ehret J., Die baltischen Länder, in "Europa Aeterna" II, Zürich 1956;

Maceina A., Die europäische Aufgabe der baltischen Emigration, en la obra "Die baltischen Völker etc.", Hannover 1958;

Weiss H., Die baltischen Staaten, en "Die Sowjetisierung Ost-Mittel-Europas", Frankfurt a. M. 1959;

Tarulis A. N., Sovjet Policy towards the Baltic States, 1918-1940, Notre Dame (Ind.) 1959;

Page S. W., The formation of the Baltic States, Cambridge (Mass.) 1959;

Valters M., Das Verbrechen gegen die baltischen Staaten, Nice 1962;

Gimbutas M., The Balts, London 1963;

Schaper E., Die baltischen Länder im geistigen Spektrum Europas, Zürich 1964;

Vardys St., Soviet colonialism in the Baltic States, "Baltic Review", New York 1965;

Bukss M., Die Russifizierung in den baltischen Ländern, München 1965;

Die Deportationen im Baltikum, Stockholm 1966;
Schnorf R. A., The Baltic States in USA-Soviet relations, "Lituanus". Chicago 1966 and 1968;
Sidzikauskas V., The problem of the Baltic States in todays world, "Baltic Review", New York 1967;
Krepp E., The Baltic States, Stockholm 1968;
Spekke A., The Baltic case in the light of history, "Baltic Review", New York 1968;
Sidzikauskas V., Fiftieth anniversary of the Baltic States, "Baltic Review", New York 1968;
Vizulis J., The diplomacy of the Allied Powers toward the Baltic States, "Baltic Review", New York 1968;
Ehret J., Die vergessenen Balten, in "Civitas", Luzern 1969;
Rauch G. von, Geschichte der baltischen Staaten, Stuttgart 1970;
Rei A., The Drama of the Baltic peoples, Stockholm 1970;
Ehret J., Baltisches Schicksal, Basel 1970.
The Baltic Committee in Scandinavia, The Baltic States 1940-1972, presented to the "European Security and Cooperation Conference", Stockholm 1972.

II. Sobre los estados y pueblos en particular

1. Estonia

Martna M., L'Estonie, Paris 1920;
Kruss H., Grundriss Geschichte des estnischen Volkes, Tartu 1932;
Kont E., Bevölkerung und Lebensraum Estlands, Tartu 1932;
Chambon H. de, La république de L'Estonie, Paris 1936;
Antik R., Estland in fremden Sprachen, Tartu 1936;
Cathala J., Portrait de L'Estonie, Paris 1937;
Jackson F. H., Estonia, London [2]1948;
Uustala E., The History of Estonian People, London 1952;
Eliaser E., Estonia — Past and Present, Stockholm, 1959;
Kareda E., Estonia, Toronto 1961;
Oras A., Estonian literature in exile, Lund 1967;
Vahter L., Estonia-Success story of freedom, "Baltic Review", New York 1968;
Mägi A., Estonian Literature, Stockholm 1968;
Under M., La pierre otée du coeur (Versos trad. por M. Dequerker), Paris 1971).

2. Letonia

Cakste J., Die Letten und ihre Latvija, Stockholm 1917;
Salito P., L'âme du peaple latvien, Riga 1923;

Bilmanis A., Latvia in the making, Riga 1928;
Balodis F. (ed.), Die Letten, Riga 1930;
Segreste M., La Lettonie, Paris 1930;
Puaux R., Portrait de la Lettonie, Paris 1937;
Urch R., Latvia — Country and people, London 1938;
Spekke A. u. a., Lettonia, Roma 1939;
Wittram R., Die Staaiswerdung Lettlands usw., Riga 1939;
Bilmanis A., The history of Latvia, Princeton 1952;
Spekke A., History of Latvia, Stockholm 1951;
Lamey B., Lettland in der europäischen Schicksalsgemeinschaft, Eutin 1952;
Warson H. A. G., The Latvian Republic, London 1965;
Karklina R., Formen des Widerstandes im Baltikum 1940-1968;
Silde A., Resistance movement in Latvia, Stockholm 1972.

3. Lituania

Vydunas W. St., Litauen usw., Tilsit 1916;
Klimas P., Der Werdegang des litauischen Staates, Berlin 1919;
Ehret J., Litauen usw., Bern 1919 (en francés, Genève 1920);
Salkauskis St., Sur les confins de deux mondes, Genève 1919;
Harrison E. J., Lithuania — Past and present, London 1922 (New York ²1945);
Benedictsen A., Lithuania — the awakening of nation, Stockholm 1924 (en danés ya 1895);
Mauclère J., Sous le ciel pâle de la Lithuanie, Paris 1926;
Ehret J., Litauen, "Staatsleixikon" III, Freiburg i. Br. 1929;
Senn A., Kleine litauische Sprachlehre, Heidelberg 1929;
Turchi N., La Lithuania, Roma 1933;
Senn A., The Lithuanian language (A characterization), Chicago 1942;
Chase Th. G., The story of Lithuania, New York 1946;
Jurgéla C. R., The History of the Lithuanian nation, New York 1948;
Jungfer V., Litauen — Antlitz eines Volkes, Tübingen ²1948 (también en francés e inglés);
Harrison E. J., Lithuania's fight for freedom, New York 1952;
Senn A., Storia della Letteratura Lithuana, Roma 1957;
Senn A. E., The emergence of modern Lithuania, New York 1959;
Vardys St., Lithuania under the Soviets, New York 1965;
Hellmann M., Grundzüge der Geschichte Litauens, Darmstadt 1966;
Gerutis A. (ed.), Lithuania, Washington 1969;
Ehret J., Vom Adam der Europäer, Basel 1971.

El avance de la Unión Soviética hacia el Atlántico, después de la Segunda Guerra Mundial

la "cortina de hierro" Frontera occidental de la URSS

Atlántico ←—— URSS

Amenazados en el área atlántica	**Finlandizados** por la URSS al lado occidental de la "Cortina de hierro".	**Satelizados** en 1946/48 por la URSS al Occidente de su frontera.	**Incorporados** a la URSS en 1940.
Los demás estados europeos se vinculan a diferentes organizaciones; las principales:			
1948 **Consejo de Europa** (Carácter político, Estrasburgo). 1949 **Pacto de la OTAN** (Carácter militar, Bruselas: diez estados de Europa occidental, y además, Grecia, Turquía, EE.UU. y Canadá). Francia se retiró en 1966. 1958 **MCE = Mercado Común Europeo.** (Carácter económico con tendencia a la integración: Bruselas.) 1959/60 **EFTA = European Free Trade Association,** es decir, **Asociación Europea de Libre Comercio.** (Carácter económico, neutral.)	**Finlandia, 1948.** (Ugrofinesa; pacto de asistencia con la URSS). **R.F.A. (Rep. Federal de Alemania), 1972.** (germánica; Convención del Este). **Austria, 1955.** (germánica; Convención de Estado).	**Polonia** (eslava occidental; insurrecciones en 1956 y 1970), **R.D.A.** (República Democrática Alemana, germánica; insurrecciones en 1953), **Checoeslovaquia** (eslava occidental; en 1958, insurrección llamada "Primavera de Praga"), **Hungría** (ugrofinesa; insurrección en 1956), **Rumania** (latina; "Titoismo de Ceausescu), **Bulgaria** (eslava meridional; escritura cirílica, mientras las otras naciones de esta columna usan el alfabeto latino), vinculados a la URSS en 1949 por el **Comecon** en el plano económico y en 1955 por el **Pacto de Varsovia** en el plano militar.	**Estonia** (ugrofinesa). **Letonia** (báltica; protesta en 1971 contra la invasión económica rusa). **Lituania** (báltica; en 1972, cuatro jóvenes se inmolan, prendiéndose el fuego. Disturbios en Kaunas; petición de 17.000 creyentes dirigida a Brezhnev y a la ONU).